

mo era posible hacerles ver la autoridad del canon de los libros sagrados, sino por la tradición? Esta no la reconocían los *saduceos*.

También eran opuestos á los esenitas y á los fariseos respecto al dogma del libre albedrío y de la predestinación. Los esenitas creían que todo estaba predestinado por una cadena de causas infalibles, y los fariseos opinaban por la predestinación sin perjuicio de la libertad del hombre, y dejando el bien y el mal á su elección. Los *saduceos* negaban toda predestinación, y sostenían que Dios hizo al hombre dueño de sus acciones con entera libertad de hacer á su gusto lo bueno y lo malo. *Josefo, de Bello Jud., lib. 2, cap. 7 al cap. 12. Antig. jud., lib. 18, cap. 2.*

Como estaban persuadidos de que Dios recompensa á los buenos y castiga á los malos en esta vida, se veían en la precisión de mirar á los grandes del siglo como amigos de Dios y á los pobres enfermos y afligidos como otros tantos objetos de la cólera del Cielo. Esta persuasión debía hacerlos duros é inhumanos para con los infelices, y *Josefo* efectivamente los reconviene por este defecto. De aquí dedujeron algunos autores, que en la parábola del rico avariento, que se halla en el *Evang. de S. Luc., xvi, 17*, Jesucristo pintó las costumbres de un *saduceo*, y no deja de ser bastante probable.

La ambigüedad de una palabra de *Josefo* dió margen á que muchos críticos pensasen que los *saduceos* no admitían la providencia de Dios, porque en el *lib. 2 de Bello Jud., cap. 7*, dice: *Rechazaban absolutamente el destino, ponen á Dios fuera de toda influencia é inspección, excepto sobre todos los males*. Pero *Brucker* observa que esta palabra no solo significa inspección ó atención, sino también dirección y gobierno, y que así los *saduceos* solo negaron que los decretos y la acción de Dios tuviesen alguna parte en las acciones de los hombres, cuyo sistema se parece menos al de los epicúreos, que al que sostuvieron después los pelagianos.

La secta de los *saduceos* era la menos numerosa, aunque tenía por partidarios los más ricos de los judíos, los de la primera distinción, y empleados de mas categoría. En efecto, los que mas abundaron en bienes temporales, descuidaron mas la felicidad de la otra vida. Véanse las *Disertaciones sobre las notas de los judíos, Biblia de Avión, tom. 13, pág. 218; Prideaux, Hist. de los judíos, tom. 2, lib. 13, pág. 160; Brucker, Hist. crit. philos., tom. 2, pág. 713.*

Sagarelianos. V. APOSTÓLICOS.

Sagrado, consagración. Parece que

en su origen se llamó *sagrado* lo que estaba fuera del uso común, y se reservaba para ofrecerlo á Dios, y estaba destinado á su culto; y esta es la etimología de la palabra latina *sacer* y de la griega *hieros*; así *Deo sacrum* es lo mismo que *sacrum Domino*, destinado ó reservado para Dios. De aquí nació el duplicado sentido de la palabra *sacer*, que significa también execrable, dedicado destinado y reservado para la muerte. Se profana una cosa *sagrada* cuando se la hace entrar en el uso común, ó se la trata con tan poco respeto como las cosas comunes. Se ha *consagrado* á los reyes, los sacerdotes y los profetas; y desde aquel momento se les ha considerado fuera de la línea de simples particulares, y de alguna manera separados para cumplir las funciones que les eran propias. En el mismo sentido se *consagraron* también los lugares, los instrumentos y las cosas usuales, para que sirvan al culto del Señor. Se distingue la *consagración* de la *benedición*, en que esta no separa absolutamente la cosa benedicta de la esfera de las cosas comunes.

La costumbre de *consagrar* á los reyes uniéndolos con óleo santo, comenzó entre los hebreos. *Saul* y *David* fueron *consagrados* por el profeta *Samuel*, y *Salomón* por el sumo sacerdote. No falta quien crea que ningún príncipe del cristianismo había sido *consagrado* hasta *Justino II*, emperador de *Constantinopla*, que subió al trono en el año de 565; pero otros aseguran que *Teodosio el 16.º* ven fué coronado, y por consiguiente *consagrado* en el año 408, por el patriarca *Proclo*. *Notas del Padre Menard sobre el sacramento de san Gregorio, pág. 307*. Initaron esta costumbre los reyes de los godos y de los francos, y *Clodoveo* fué *consagrado* por san *Remigio*. Véase *Ulcio*. Muchos incrédulos reprobaron esta ceremonia, como si fuese instituida para persuadir á los reyes que son hombres divinos, y de una naturaleza superior á la de los demás hombres, que nada tienen de sus súbditos y que nada les deben. Si se tomaran el trabajo de leer las oraciones y las exhortaciones que hace el obispo que le *consagra*, verían si esta ceremonia no es la lección mas enérgica para penetrarlo de todos sus deberes, y si cuando llega á olvidarlos es por culpa de la Iglesia. *Menard, ibid.*

Algunos escritores se escandalizan de que á los emperadores de Alemania, y á los reyes de Inglaterra se les dé el tratamiento de *Sagrada Majestad*; y miraron este título como una blasfemia. Sin duda se olvidaron de que en la Sagrada Escritura los reyes se llaman ge-

neralmente los *ungidos del Señor*, y que Dios no se desearde de llamar á *Giro*, aunque príncipe infiel, su *ungido*, su *cristo*, y su *moisés*, es decir, un personaje á quien había destinado para que fuese célebre y libertase de su cautiverio al pueblo judaico.

Los antiguos miraban como *sagrados*, no solo los templos de los dioses, sino también los sepulcros de los muertos, y los lugares en que caía el rayo. Cuando los protestantes declaran que es un absurdo mirar un sitio como mas santo y *sagrado* que otro, es como si dijieran que es absurdo respetar mas un lugar que otro, y tener mas respeto á la habitación de un rey que al establo de los animales. No sostienen esta máxima, aunque contraria al sentido común, sino para paliar las horrosas profanaciones que cometieron sus padres, queriendo abolir el culto católico; en el artículo *Cossaca* con hemos respondido á los insensatos argumentos que los incrédulos tomaron de los protestantes.

Salmita. V. SALMO.

Salmo. Cántico ó himno sagrado. El libro de los *salmos* se llama en hebreo *Theillim* (alabanza), porque son cánticos destinados á alabar á Dios; el griego *psalmos* viene de *ψάλλω*, tocar ligeramente ó puntear un instrumento de música, porque el canto de los *salmos* era acompañado del sonido de instrumentos. Son en número de 150; nunca han contado mas los hebreos, aunque no los dividen absolutamente como nosotros; mas es leve esta variedad y no es digna de atención.

No hay ningún libro de la Sagrada Escritura cuya autenticidad esté mejor establecida; es un hecho constante que desde *David* hasta nosotros los judíos no han dejado de hacer uso de los *salmos* en sus reuniones religiosas. Este piadoso rey los hizo cantar en el tabernáculo, desde que los hizo poner en *Jerusalén* sobre el monte *Sion*; arregló las funciones de los levitas, relativas á esto; estableció cuatro mil cantores, á los que dió instrumentos, y él mismo cantaba con ellos. *1 Par., xxi, 5*. Su hijo *Salomón* conservó el mismo orden en el templo, desde que lo edificó, y se continuó observando hasta que este templo fué destruido por *Nabucodonosor*. En la cautividad de *Babilonia*, uno de los mayores pesares de los judíos era el no oír ya entonces los cánticos de *Sion*; pero desde que volvieron, *Zorobabel*, su jefe, y *Jesús*, hijo de *Josedech*, gran sacerdote, hicieron levantar un altar para ofrecer en él sacrificios, y restablecieron el canto de los *salmos* como estaba antes. *Esd., m, 2 y 10*.

Se disputa si *David* es el único autor de los ciento cincuenta *salmos* sin excepción, ó si hay algunos que han sido compuestos por otros escritores hebreos, tales como *Asaph*, *Idithun*, *Emah*, los hijos de *Coré*, etc., como parece indicar el título de algunos *salmos*. Estas dos opiniones se han sostenido por los PP. de la Iglesia y por hábiles intérpretes; pero no es necesario abrazar una, puesto que la Iglesia nada ha decidido sobre este punto; leyendo con atención estos divinos cánticos, vemos que todos han sido compuestos por el mismo espíritu de Dios. Es cierto, por una multitud de pasajes de la Sagrada Escritura, y por el asunto de la mayor parte de los *salmos*, que *David* es el autor de un grandísimo número de ellos; si algunos se han hecho después de él, lo han tomado por guía y por modelo.

Tampoco hay motivo para asegurar que *Esdra* ó otro es el que ha hecho la colección; esto no ha sido necesario. Probablemente los sacerdotes y levitas tenían cada uno una colección; puesto que ellos eran quienes los cantaban, los llevaron sin duda á *Babilonia* para enseñárselos y ejercitar en ellos á sus hijos; necesitaban tanto este libro como el *Levítico*, que contenía el detalle de sus funciones, y estaban seguros que su familia volvería á la *Judea* al cabo de setenta años. En efecto los que volvieron, debieron llevar este libro consigo lo mismo que su genealogía, para entrar en posesión del sacerdocio. *1 Esdr., m, 62*. Como *Esdra* era sacerdote, sin duda tenía una colección de los *salmos*, pero no era el solo, puesto que 73 años antes de su llegada, y aun antes de la fundación del segundo templo, *Zorobabel* había restablecido los sacrificios, el canto de los *salmos* y las fiestas, *m, 2 y 10*. Nada de esto se interrumpió sino durante los tres años de la persecución de *Antiojo*; pero todo fué reparado por los *Macabeos*. *Josefo, Antig. Jud., l. 12, c. 11*. El mismo orden continuó hasta la destrucción del segundo templo hecha por los romanos, y los judíos lo han vuelto á tomar cuando han podido, y cuando han tenido sinagogas ó puntos de reunión para ejercer su religión.

Es difícil notar en el *salterio* un orden cualquiera, y hacer de él una división relativa, ya á la cronología ya á diversos asuntos, puesto que un mismo *salmo* trata muchas veces de objetos diferentes.

La materia ó el asunto de los *salmos* es general ha dado lugar á errores; los nicolaitas, los gnósticos, los marcionitas, los maniqueos, que desechaban el *antiguo Testa-*

mento, tuvieron la temeridad de considerar á estos cánticos sagrados como cánticos puramente profanos. S. Filastro los ha refutado en su *Catálogo de las herejías*, cap. 123. «Tuvieron, dice S. Leon, la audacia y la impiedad de desochar los salmos que se cantan en la Iglesia universal con la mayor devoción.» *Serm. 8, col. 4, tom. 2, pág. 117*. Compusieron otros mas análogos á sus opiniones. Los anabatistas no dicen que estos sean cánticos inspirados de Dios.

La Iglesia cristiana, lo mismo que la judaica, ha creído siempre lo contrario; basta tener sentido comun y algun conocimiento de la Sagrada Escritura, para ver que en los salmos el espíritu de Dios fué quien elevó el genio y dirigió la pluma del autor. David celebra en ellos las grandezas de Dios y todas las perfecciones divinas, la verdad y la santidad de su ley, la magnificencia de sus obras, los beneficios con que colma á los hombres, las virtudes de los antiguos justos, las gracias que el Señor concede á los que siguen su ejemplo, la bienaventuranza eterna que les prepara, las penas con que castiga á los malos. Alabando los paganos sus falsos dioses, excitaban y fomentaban las pasiones y los odios que les atribuían; mas los cánticos compuestos en honor del verdadero Dios, no son mas que lecciones de virtud.

¿Dónde podemos hallar, dice el Sabio Bossuet, monumentos mas auténticos de nuestra fe, motivos mas sólidos de esperanza, medios mas poderosos para encender en nosotros el fuego del amor divino? Estos cánticos religiosos recuerdan los hechos principales de la historia santa: sabemos que el costumbre de los antiguos era celebrar con cánticos los sucesos interesantes, cuya memoria querian transmitir á la posteridad; este uso se estableció entre los hebreos desde Moisés, y continuó constantemente. A ejemplo de este legislador, Débora, Ana, madre de Samuel, Ezequías, Isatac, Habacuc, Jonás, Tobias, Judith, el Eclesiástico, etc.; en el nuevo Testamento, la Santísima Virgen, el sacerdote Zacarías, el anciano Simeon, compusieron cánticos para ensalzar los beneficios de Dios; David celebró en los suyos casi todos los hechos que interesaban á su pueblo. Estos monumentos que acompañan á la historia, y cuya mayor parte han sido hechos en la misma fecha de los acontecimientos, atestiguan su certidumbre. Por la narración de David estamos convencidos que los escritos de Moisés y demás libros históricos existían en su tiempo; no se hubiera podido conser-

var la memoria de tantas cosas por solo la tradición.

Algunos salmos son evidentemente proféticos, y miran al Mesías. El mismo Jesucristo se ha hecho la aplicacion de ellos, á los que ha remitido mas de una vez á los judios incrédulos; sus apóstoles les han opuesto la misma prueba, y han manifestado el sentido verdadero de las expresiones del rey profeta. En efecto, algunos no pueden convenir sino á Jesucristo; se necesita violentar las palabras para adaptarlas á otro personaje. Los mismos judios han creído siempre ver en ellos al Mesías futuro; aun tenemos las explicaciones de sus antiguos doctores. Por último, este es el parecer de los PP. de la Iglesia, que sucedieron inmediatamente á los apóstoles, y mismo que el de los que vinieron después; es pues una tradición de la que no es lícito separarse. David anuncia la generacion eterna y el nacimiento temporal del Hijo de Dios, sus milagros, sus humillaciones, sus padecimientos, su muerte, su resurreccion, su gloria, su sacerdocio eterno, el establecimiento de su reino, á pesar de los esfuerzos de todas las potestades de la tierra, la reprobacion de los judios, la vocacion de los gentiles. En vista de tan claras predicciones, ¿podemos dudar de que Dios ha querido preparar y confirmar de antemano nuestra fe en los misterios de su Hijo?

En estos cánticos hallamos donde asegurar nuestra esperanza, no solo por la viveza con que pintan la dicha sublime que Dios reserva á los justos, sino mostrándonos la exactitud con que Dios ejecuta sus promesas con respecto á sus siervos. David repite continuamente que Dios es bueno, justo, santo, fiel á su palabra, y que su misericordia es eterna; atestigua que Dios ha guardado fielmente la alianza que habia hecho con Abraham, Isaac, Jacob y su descendencia; que ha ejecutado todo lo que les habia prometido; ps. 104, 7, 8 y siguientes. Asi excita nuestra confianza á las nuevas promesas que Dios no ha hecho por Jesucristo, la esperanza de alcanzar la bienaventuranza eterna por los méritos de este divino Salvador.

Repitiendo las ardientes expresiones con que David manifiesta su amor á Dios, es difícil no sentir algunas chispas de este fuego divino. Exalta las perfecciones infinitas de Dios, su poder, su sabiduria, su justicia, su bondad, su amor á las criaturas, su paciencia, su dulzura con respecto á los pecadores, y la facilidad con que los perdona. Nadie lo ha experimentado con mas dulzura que este rey penitente; asi habla de ello con

su corazon traspasado. Despues del ejemplo de Jesucristo no hay ninguno mas á propósito que el suyo para enseñarnos á amar á nuestros hermanos, y á perdonar á todos nuestros enemigos. Para obtener de Dios un entero olvido de sus culpas, le manifiesta la paciencia con que ha sufrido el odio, las persecuciones, los oprobios de los malos, el silencio profundo que ha guardado, considerando sus adflicciones como castigos y pruebas que le venian de la mano de su soberano Señor.

¿Dónde mejor que en los salmos se pueden tomar los sentimientos de la piedad mas firme? Todo lo que pertenecía al culto del Señor afectaba el corazon de David; habla con entusiasmo del monte santo, del tabernáculo, del arca de la alianza, de la ley, de los cánticos de los levitas, de los sacrificios y solemnidades de Sion; invita á ellos á todos los pueblos, y gime en su destierro por estar separado de ellos. El respeto á la majestad de Dios, el temor de sus juicios, la admiracion, el reconocimiento, la confesion de su propia debilidad, la confianza, el amor, el deseo de ser en adelante fiel al Señor, animan todas sus expresiones.

Esto no ha impedido á los incrédulos buscar en los salmos motivos de escándalos; dicen que este rey manifiesta en ellos á cada paso sentimientos de venganza, que lanza maldiciones é imprecaciones contra sus enemigos, que pide á Dios que los castigue, y los haga perecer con toda su descendencia. En la palabra *Irreccacior*, hemos manifestado que esto no es mas que predicciones: lo ha notado S. Agustín, de *Sermone Domini in monte*, l. 1. *num. 72, serm. 56, num. 3*; David protesta, por el contrario, que no se ha vengado de ningún enemigo. Por otro lado han observado los PP. de la Iglesia que con el nombre de sus enemigos entendiendo este rey los enemigos de Dios y de Jesucristo, principalmente los judios incrédulos y reprobados; y que anuncia las venganzas del Señor que caerán sobre ellos; esto aparece evidentemente por el salmo xxi, que Jesucristo se aplicó en la cruz, *Mat., xxvii, 46*: lo que se dice de los malos no puede entenderse de los enemigos de David.

Añaden los imitadores de la incredulidad que este rey manifiesta poca fe á la vida futura: pregunta si los muertos alabarán al Señor, si anunciarán sus misericordias en el sepulcro; llama al estado de los muertos *las tinieblas*, la morada del olvido y de la perdition, etc.; Pero en cuantos otros pasajes no habla David de la vida futura, de la felici-

dad eterna de los justos, y del fin deplorable de los malos? Dice que ofuscado alguna vez por la prosperidad temporal de estos últimos, ha estado tentado para dudar si no trabajan en vano los justos; pero que ha entrado en este misterio de la Providencia, considerando el último fin de los impios, y concluye diciendo: *Dios será mi herencia eternamente*. Ps. lxxv, 42 y sig. Exhorta á los justos á que no envidien la suerte de los pecadores en este mundo, les asegura que Dios será su herencia para siempre, ps. xxxvi, 7. Espera que Dios no dejará su alma en la morada de los muertos, sino que le dará una nueva vida, que nunca acabará, ps. xv, 40. No es sino por comparacion como nosotros lo habamos en la tierra, cuando pregunta si los difuntos alabarán al Señor como los vivos.

En cuanto al estilo de los salmos, nadie duda en el dia que sean una verdadera poesia, es decir, versos con cadencia y medida; pero como ya no conocemos la verdadera pronunciaci6n del hebreo, no podemos conocer su armonia. Josefo, Orígenes, Eusebio y san Jerónimo entre los antiguos; Le Clerc, Bossuet, Fleury, Dom Calmet y otros entre los modernos, han sido de este parecer. Pero nadie lo ha probado mejor que Lowth en su tratado de *Sacra Poesi Hebraeorum*, y Michaëlis en sus notas sobre esta obra. Demuestran que los salmos son versos, no de la misma medida, sino unos mas cortos que otros. Su sentido es sentencioso, cortado en parábolas y en máximas, lleno de figuras atrevidas, relativas al genio, á las costumbres, y á los usos de los orientales. En ellos son frecuentes las metáforas, lo mismo que las imágenes y comparaciones tomadas de las cosas naturales, de la vida comun, sobre todo de la agricultura, de la historia y de la religion de los judios. Este estilo poético es vivo, energético, animado por la pasion y por el sentimiento, sublime en los objetos, en los pensamientos, en los movimientos del alma y en las expresiones; todo está en él personificado, todo vive y respira, nada es mas á propósito para conmovier: son frias las poesias profanas en comparacion de las de David.

Lowth sostiene que hay con frecuencia en los salmos un sentido místico y figurado; que algunos designan al Mesias bajo el nombre de David ó de otro personaje. Michaëlis desecha este doble sentido; pretende que si un salmo habla de David, de nada sirve aplicarlo al Mesias; que si este es su objeto, no se debe buscar otro. *Prælect. 11, p. 221*.

Pero en este contradice no solo á los intér-

pretés judíos y cristianos, sino aun á los apóstoles y evangelistas, que han aplicado á Jesucristo en el sentido alegórico algunos pasajes sacados de los *salmos* y demás libros santos que parecen designar otros personajes en el sentido literal. Véase ALEXANDRIA, FICHTA etc. Sin embargo, no niega que algunos salmos sean proféticos.

Estos dos críticos han manifestado haber en el salterio poemas de casi todas las clases, idilios, elegías, piezas didácticas y morales, pero en especial odas de todos géneros y de la mayor belleza. Añaden que sin el conocimiento de la poesía hebrea es imposible entender perfectamente los *salmos* y demás libros santos escritos casi en el mismo estilo.

Así es que todos convienen en que los *salmos* son muchas veces oscuros, ya por el estilo figurado, ó porque el texto hebreo no está siempre correcto, ya en fin por la variedad de las versiones, entre las que no siempre es fácil distinguir la mejor, aunque lo sean en grandísimo número.

La mas antigua es la de los Setenta, pero muchas veces está poco acorde con las demás versiones griegas que Orígenes habia reunido en sus *Hexaplas*. La paráfrasis caldea está tenida por obra del rabino José el Ciego; es mucho mas moderna y menos exacta que la de los demás libros hebreos, compuesta por Onkelos y Jonathan. La traducción siríaca es antiquísima, ha sido hecha del hebreo. Hay dos versiones árabes de los *salmos*, de las que una se ha hecho del texto original, y la otra del siríaco, segun la opinión comun. La de los etiopes se ha sacado del cofre de los egipcios, tomada de los Setenta. V. BULLA, VANSOX.

La antigua Vulgata latina ó itálica ha sido tomada de los Setenta, antes que su version se hubiese corregido por Orígenes, por Hesiquio y por el sacerdote Luciano; es tan antigua que no conocemos ni su fecha ni su autor. Convenimos en que su estilo no es elegante, pero los primeros cristianos, á imitación de los apóstoles, se paraban mas en el sentido y en las cosas que en la pureza del lenguaje. No obstante, cuando S. Jerónimo retocó dos veces esta version comparándola con el texto hebreo, bien pronto se adoptaron en la Iglesia romana sus correcciones, y de la version corregida de este modo es de la que nos servimos aun en el día. Cuando este Padre hizo despues una version latina enteramente nueva sobre el texto hebreo, él mismo creyó que era necesario continuar cantando en la Iglesia la anterior, á la que estaban acostumbrados los fieles; pero que para

entenderla, se necesita con frecuencia recurrir al texto original. *Epist. ad Sunitam et Fretelam, Op., t. 2, col. 647.* Pretenden algunos sabios que en el siglo X y XI la mayor parte de las Iglesias de Italia y de las Galias habian adoptado la última version latina de S. Jerónimo hecha sobre el texto hebreo; pero en el XVI, Pio V hizo restablecer el uso del salterio romano. Sin embargo, no impidió que se continuase cantando la antigua itálica no corregida, en la Iglesia del Vaticano, en la catedral de Milan, en S. Marcos de Venecia y en la capilla de Toledo, donde se siguió el rito mozárabe, porque nunca se habia interrumpido este uso.

Es infinita la multitud de comentarios hechos sobre el *salterio*; entre el gran número de intérpretes, unos se han atendido principalmente al sentido literal, otros el figurado y alegórico; muchos á los dos. En general, no debemos vituperar á los que han tenido por objeto principal el sacar de él reflexiones propias para confirmar la fe y arreglar las costumbres, á los que han tratado de alimentar la piedad de los fieles, mas bien que á hacerlos diestros en la inteligencia del texto. Los protestantes desapruueban este método, pero no hace regla su gusto; por apreciable que nos parezca la ciencia, aun es preferible la virtud.

No sabemos cómo pueden conciliar el uso que hacen de los *salmos* con la aversión que manifiestan á las explicaciones alegóricas y místicas de la Sagrada Escritura. Porque es evidente que la mayor parte de los cánticos, entendidos en el sentido literal, serian absurdas plegarias. Tomemos solo por ejemplo el *salmo 50* que conviene tambien á los pecadores penitentes. ¿Qué significan en el sentido literal: *Libertadme Señor de la sangre... Derramad vuestros beneficios sobre Sion, para que se edifiquen los muros de Jerusalem... Entonces los pueblos cargarán de victimas vuestros altares?... No creemos que los protestantes se interesen mucho en la reconstrucción de los muros de Jerusalem, ni que se hallen inclinados á ofrecer al Señor sacrificios sangrientos. ¿Qué quieren pues decir á Dios, si cantando entienden estas palabras á la letra? Podríamos citar otros cien ejemplos.*

Despues de lo que hemos dicho de la excelencia de estos divinos cánticos, no debemos admirarnos de que la Iglesia cristiana desde su origen haya introducido el canto en su liturgia. *Const. apost., l. 2, c. 65.* San Pablo exhorta á los fieles á que se edifiquen unos á otros con este santo ejercicio. *Efes., v. 19;*

Colos., iii. 16. Los solitarios y los cenobitas empleaban en esto los momentos que no estaban en el trabajo, y cuando se hallaron reunidos en un monasterio en número suficiente, establecieron el salterio continuo de día y de noche. V. ACETAS. LOS PP. de la Iglesia, los santos de todos los siglos han hecho de ellos el asunto habitual de su meditación, y algunos tenian continuamente en boca sus palabras. Es consolador el repetir aun en el día los mismos cánticos que han sido consagrados á alabar al Señor hace tres mil años.

Se llaman *salmos graduales* el 419 y sig. hasta el 134; los intérpretes han dado muchas explicaciones de este nombre que parecen poco probables. Don Calmet ha creído que *canticum graduum*, cántico de la subida, significa cántico de la vuelta de la cautividad de Babilonia, porque estos *salmos* parecen compuestos para pedir á Dios este beneficio, ó para darle gracias por él. Lowthly Michaelis nos parece que lo han entendido mejor, diciendo que estos salmos habian sido hechos para cantarse mientras que el pueblo *subía* al templo para celebrar alguna solemnidad. El parecer de los que pretenden que un grandísimo número de *salmos* aluden á la cautividad de Babilonia parece que no ha adquirido aun muchos partidarios. Véase POESIA HEBREA.

↳ Seria de desear que los señores eclesiásticos manejasen, á la par que el Brevariario, la excelente *Exposicion de los salmos* escrita por el cardenal Belarmino. Dice el autor al papa Paulo V, que se propuso la brevedad, la claridad, la defensa de la Vulgata, el alimento espiritual del alma, y una piadosa devoción; y que compuso su obra mas bien meditando que leyendo libros. Berthier es precioso en esta materia. Sobre las bellezas de los salmos hay mil buenos escritos. La Harpe tiene un discurso notable sobre este asunto.

SALOMON. V. SALMO.

Salomon. Hijo de David y tercer rey de los judíos. Las acciones de este sabio monarca tocan al *Diccionario de la Historia*; nosotros nos contentaremos con satisfacer á muchas acusaciones que hicieron contra él los incredúlos de nuestro siglo en los libros que escribieron para deprimir la historia del antiguo Testamento.

1º Dicen que *Salomon* nació del adulterio de David con Bethsabea. Esto es una impostura; el fruto de este adulterio murió en la niñez, *lib. II de los Reyes*, xii, 18. Es verdad que nació de Bethsabea, pero despues

de casada con este rey profeta. Este fué un enlace reprobable, porque fué proporcionado por medio de un doble crimen; pero no fué nulo, porque estaba en uso la poligamia de los reyes.

2º Añaden que *Salomon* usurpó el trono á su hermano primogénito Adonias por las intrigas del profeta Natán con Bethsabea, y que hizo morir á este hermano contra la religión de un juramento: nueva falsedad. En la nacion judaica no habia ninguna ley que asegurase el trono al primogénito del monarca. Saul y David subieron á él por elección de Dios y confirmados por el sufragio del pueblo. El profeta Natán no tuvo mas parte en este negocio que advertir á David la promesa que habia hecho y la empresa de Adonias, *lib. III de los Reyes*, 1 y 2. *Salomon* juró que si su hermano se conducia con fidelidad, no perderia un solo pelo de su cabeza; pero este ambicioso príncipe pidió en matrimonio á Abisag, concubina de David, añadiendo que el trono le pertenecia, *lib. III de los Reyes*, ii, 43. Indignado *Salomon* con esta nueva pretension, y porque atrajo á su partido al sumo sacerdote Abiathar y á Joab, general del ejército, mandó que le mistasen; *Ibid.*, 32. En tales circunstancias no podia conservarle la vida sin exponerse á un nuevo atentado.

3º Tambien le acriminan la muerte de este Joab, antiguo servidor de David. Lo cierto es que este general nada tenia de fiel; antes bien era un sedicioso y un asesino. Habia muerto á traicion á dos distinguidos oficiales, Abner y Amasa, y sostenido las pretensiones de Adonias contra la voluntad de David. Advirtió este á *Salomon* al tiempo de morir que desconfiase de Jacob, y su conducta continuaba haciéndole sospechoso; por cuyas razones su muerte fué un acto de rigurosa justicia.

4º Los mismos censores dicen que los sacerdotes ensalzaron al principio la sabiduría de *Salomon*, por haber edificado el templo de Jerusalem y haber favorecido al clero; y que despues le desacreditaron por haber tolerado la idolatría; y los incredúlos atribuyen á esta tolerancia la prosperidad y el esplendor de su reinado. Pero el testimonio que dieron los sacerdotes de la sabiduría de este monarca en su juventud, se confirma por la justicia con que se condujo, por la paz que conservó con sus vecinos, por la prosperidad y abundancia durante su reinado, por lo mucho que hizo florecer el comercio, el lustre que dió á las artes y los libros que nos dejó escritos. En su vejez se dejó corromper por las mu-

jes, y no solamente tolero la idolatría, sino que también la practicó por complacerlas. Los profetas le amenazaron con la ira de Dios; en efecto no tardó en estallar, y fueron sus tristes resultados el odio de Adab, príncipe de la Idumea, el resentimiento de Razon, rey de Siria, y la rebelión de Roboan, *I. III de los Reyes, c. 11*. Así la pretendida tolerancia de Salomon, lejos de contribuir á la prosperidad de su reinado, fué causa de las desgracias que acaecieron en tiempo de su hijo Roboan.

¶ Dicen que es increíble la descripción que se hace de las riquezas que dejó David á su hijo Salomon, que, según los cálculos mas moderados, subirían á 25,648,000,000 de nuestra moneda. Pero estos cálculos se fundan en una estimación arbitraria del talento de oro y plata. Entre los antiguos hubo el talento de peso y el talento de cuenta, como entre nosotros hay la libra de peso y la libra de cuenta, que solo es la centésima parte de la primera. Un sabio muy ejercitado en estas materias hizo ver que las riquezas que dejó David á Salomon ascendían á lo mas á doce millones y medio de nuestra moneda, cuya suma no es exorbitante para los tiempos de que hablamos. *Investigaciones sobre el valor de las monedas por Mr. Dupré de Saint-Maur.*

Todos reconocen á Salomon por autor del libro de los *Proverbios*, del *Cantar de los cantares* y del *Eclesiástico*, que son una parte de los libros sapienciales del antiguo Testamento. En cuanto al libro de la *Sabiduría*, aunque lleva su nombre en la version griega, no se puede probar que sea realmente obra de Salomon; y muchos criticos son de dictamen contrario; ya hemos hablado de cada uno de estos libros en su artículo particular.

Se disputa si este célebre monarca murió penitente y convertido, o si perseveró en la idolatría é incontinencia hasta su fallecimiento. Como nada nos dice la Historia sagrada, los PP., los autores eclesiásticos y los comentadores antiguos y modernos se dividieron en conjeturas directamente opuestas, y se pueden alegar en pro y en contra testimonios muy repetables. En la *Biblia de Aviñon, t. 4, p. 472*, hay una *disertación* de Dom Calmet, que expone los fundamentos de estas dos opiniones; los comentadores ingleses de la *Biblia de Chais* han hecho tambien de ella un extracto, *t. 6, p. 161*; y nosotros haremos lo mismo, aunque sin copiarlas.

Los que opinan que Salomon murió impenitente, alegan: 1º El silencio de la Sagrada

Escritura. No es probable, dicen, que el historiador sagrado, después de haber hecho los mayores elogios de la sabiduría y de las virtudes de este príncipe durante los primeros años de su vida, refiriendo despues las debilidades de su vejez, suprimiese un hecho tan esencial y tan edificante como el de su conversión, si realmente se hubiese arrepentido.

2º En ninguna parte vemos que hubiese despedido las mujeres idólatras, que hubiese destruido los templos y bosques que habia edificado por complacerlas: estos edificios escandalosos subsistieron hasta el tiempo del rey Josias, que mandó arrasarlos.

3º Si hubiese muerto penitente, sin duda hubiese dulcificado su sentencia contra él; pero al contrario vemos que fué ejecutada con el mayor rigor al momento que se verificó su muerte, por la rebelion de las diez tribus contra su hijo Roboan.

4º Aunque en los *Proverbios* y en el *Eclesiástico* hay reflexiones y máximas que parecen caracterizar un príncipe desengañado por los placeres y vanidades del mundo, no se sabe de cierto si estas obras fueron escritas por Salomon en sus últimos años.

5º La multitud de PP. de la Iglesia y autores que sostienen su impenitencia excede en mucho al número de los que presumen su conversión.

Estas razones no parecieron muy sólidas á los partidarios de la otra opinion, y alegan en su favor: 1º En el *lib. II de los Reyes, vii, 14 y 15*, hablando Dios de Salomon, dice á David: «Yo seré su padre y él será mi hijo: si peca en algo, le castigaré como hombre con castigos humanos, pero no apartaré de él mi misericordia, como lo hice con Saúl.» David repitió esta promesa en el *saln. lxxviii, 34 y sig.* Si Salomon hubiese sido finalmente reprobado, no sería este un castigo humano, sino uno de los mas terribles decretos de la divina Justicia.

2º De Salomon se dice, como de David, que *durmíó con sus padres*, y esta expresion parece que mas bien significa la muerte de un justo ó de un penitente que la de un réprobo.

3º El autor del *Eclesiástico*, despues de haber acusado á Salomon por su incontinencia, añade: «Pero no apartará de él su misericordia, ni destruirá Dios sus obras, ni perderá la raza de su escogido, ni la posteridad del amado del Señor;» *xvii, 24*. Estas palabras parece que reacaen igualmente sobre David y Salomon. No es pues absoluto el pretendido silencio de la Sagrada Escritura sobre los últimos momentos de este monarca; y

am cuando lo fuese, nada probaria. En el *libro II de los Paralip., ix, 29* y en el *Eclesiástico, ibid.*, nada se dice de la idolatría de Salomon; aunque no por eso deja de ser reo de este crimen.

4º No se puede dudar que el *Eclesiástico* es una de las últimas obras de este monarca; en su juventud no hubiera podido hablar de si mismo, como lo hace en esta obra, *c. 2, etc.* «Yo poseí, dice, inmensas riquezas... me dejé llevar de mis deseos, y me di á toda especie de placeres. Cuando lo miré con reflexion, he visto que todo era vanidad y afliccion de espíritu, y que nada es durable debajo del sol... Me convencí de cuán preferible es la sabiduría á la locura, etc.» No es este lenguaje propio de un príncipe corrompido por los placeres y la idolatría, sino de un sabio desengañado, confuso y arrepentido de sus desórdenes.

5º No tratamos de numerar los sufragios sino de pesar las razones, que se reducen á las que hemos propuesto; muchos PP. de la Iglesia no hablaron en pro ni en contra, y algunos han sido de distinto parecer, según la ocasion.

Abrazaríamos gustosos la opinion mas suave y mas benigna; pero nos parece mejor atenerse á la sabia máxima de S. Agustin en el *lib. 2 de Peccat. merit. et remis., c. 36, n. 59*. «Cuando disputamos, dice, una cosa muy oscura, sin que podamos guiarnos por testimonios expresos de los libros sagrados, debe callar la presuncion humana, y no inclinarse á ningún lado. Aunque yo no sea capaz de decidir una cuestion, creo firmemente que Dios se hubiera explicado con mas claridad en la Sagrada Escritura, si su decision fuese necesaria para salvarnos.» Este es el partido que tomaron muchos autores antiguos y modernos respecto al último fin de Salomon.

Salteadores. Herejes, ó mas bien asesinos y malhechores, que vendian sus brazos y su vida para servir á las pasiones sanguinarias de los pretobispanos y de los albigenses; se les llamaba tambien *cátaros*, *devoteros* y *verederos*. Ejercian sus violencias en Langüedo y en Gasuña, bajo el reinado de Luis VII, á fines del siglo XII. Alejandro III los excomulgó, concedió indulgencias á los que los atacasen, y prohibió, bajo pena de censura, favorecerlos ó perdonarlos. Dicese que hubo allí mas de siete mil que fueron exterminados en Berri.

Algunos criticos han censurado esta conducta del papa como contraria al espíritu del cristianismo; san Agustin, dicen, consultado

por los jueces civiles sobre lo que debía hacerse con los circuncionados, que habian degollado á muchos católicos, respondió: «Hechos consultado sobre esto á los santos mártires, y hemos oido salir de sus sepulcros una voz que nos aconseja orar por la conversión de nuestros enemigos, y dejar á Dios el cuidado de la venganza.» Otros criticos han acusado á san Agustin de haber juzgado en órden á los donatistas y á sus circuncionados casi de la misma manera que Alejandro III respecto á los salteadores. V. GUERRAS DE RELIGION.

Todas estas acusaciones son injustas igualmente. Nuestra religion prescribe perdonar á nuestros enemigos particulares y personales, pero no auxiliar á los enemigos públicos armados contra la seguridad y tranquilidad de la sociedad; no prohibe hacerles la guerra ni exterminarlos, cuando de otro modo no se puede impedir su daño. Este era el caso de los salteadores. Por la misma razon san Agustin fué de parecer se implorase el auxilio del brazo secular, para contener el pillaje de los circuncionados. Pero cuando algunos de ellos cayeron en manos de los jueces, no quiso pedir su sangre, ni venganza alguna, porque *ya no podían hacer daño*. La conducta de los mártires respecto de los perseguidores no es aplicable al caso presente. Los perseguidores eran soberanos ó magistrados revestidos de la autoridad pública de que abusaban; los circuncionados y los salteadores eran particulares armados contra las leyes.

Salud recuperada milagrosamente. V. CURACION.

Salud eterna. V. SALVACION.

Salutacion. Bendicion que da el sacerdote al pueblo con el Santísimo Sacramento con motivo de alguna solemnidad, ó de alguna devocion particular: regularmente se hace por la tarde despues de completas. La Bruyere censuró agriamente el modo con que se hacian estas salutaciones en su tiempo en algunas Iglesias de Francia; pero este abuso no se verifica en las parroquias, donde los curas cuidan de que se hagan con la decencia, el respeto y la piedad conveniente.

SALUTACION ANGELICA. Oracion dirigida á nuestra Señora, que comienza por estas palabras: *Ave, Maria*, y son las que dirigió á nuestra Señora el angel Gabriel, cuando vino á anunciarle el misterio de la Encarnacion, y parte de las que pronunció Isabel, esposa del sacerdote Zacarias, cuando fué visitada por la madre de Dios, y de las que usa la Iglesia para implorar su intercesion. Esta oracion se reza con mucha frecuencia en la

Iglesia católica, y casi siempre después de la oración dominical, porque después de haber pedido á Dios, nos parece conveniente implorar la intercesión de la Virgen, á fin de que apoye nuestras peticiones.

Casi lo mismo sucede con la antifona que comienza, *Salve, Regina*, con la que se termina, el oficio divino en cierta parte del año. Dicen que la compuso Pedro, obispo de Compostela, y que la adoptaron los domínicos hacia el año de 1237; y que lo último fue compuesto por san Bernardo.

Salvación, salvador, salvar. En la Sagrada Escritura y en los autores profanos, la palabra *salud* significa: 1.º El buen estado del cuerpo, la conservación, la prosperidad, y el estar libre de todo género de males. 2.º La victoria sobre los enemigos. En el *lib. IV de los Reyes*, xii, 47, *salvati salutis* es una flecha que será una prenda de la victoria. En el *Evangelio de S. Lucas*, i, 71, aquellas palabras *salutem ex inimicis nostris* significan la ventaja de librarnos de nuestros enemigos. 3.º Las alabanzas á Dios: en el *cap. 19 del Apoc.*, v. 1, *salus, honor et gloria Deo nostro*, quiere decir, *alabanza, honor y gloria á nuestro Dios*. 4.º También significa el acto de *saludar*, deseando á uno la salud y prosperidad. San Pablo exhorta á los fieles á que se saluden unos á otros besándose santamente, *salutate invicem in osculo sancto*. 5.º La abundancia de las gracias del Señor. En el *Evangelio de S. Lucas*, ix, 9, hoy vino la *salvación* á esta casa; y en el *cap. 1*, v. 64, *cornu salutis* es el manantial de gracias que conducen á la *salvación eterna*. 6.º Finalmente, la *salvación ó salud eterna* es la felicidad celestial. Es un dogma de fe que no podemos conseguir la *salvación* sino por Jesucristo, *Hechos apost.*, iv, 11, y para procurárnosla bajó á la tierra.

Peró se disputa mucho entre los teólogos en qué sentido quiere Dios salvar á todos los hombres, y en qué sentido es Jesucristo *salvador* de todos, puesto que no todos se salvan. Se pregunta si esta voluntad, asegurada con tanta frecuencia en la Sagrada Escritura, es una voluntad sincera y produce algún efecto, ó si es una simple veleidad sin ningún resultado. Se trata de saber si Jesucristo quiso realmente la *salvación* de todos los hombres, y si murió por todos, de suerte que todos sin excepción tienen parte en el precio de su muerte, y si en virtud de su sacrificio reciben todas las gracias y auxilios por los cuales se salvarán, si son fieles en corresponder á estos auxilios.

Ya en el artículo REDENCION hicimos ver

que, según nuestros libros sagrados, este beneficio se extiende á todos los hijos de Adán sin excepción alguna, aunque no todos experimentan de un mismo modo sus efectos. En el artículo GRACIA, § 3, hemos citado muchos testimonios que prueban que se concedió á todos este beneficio de Dios en virtud de los méritos de Jesucristo, aunque no todos lo reciben con la misma abundancia. Mas como esta es la idea mas consoladora del cristianismo, que sin embargo se obscuran en desconocer diferentes teólogos, no se nos debe llevar á mal que repitamos las pruebas de ella. Expondremos: 1.º las que miran á la voluntad de Dios; 2.º las relativas al designio de Jesucristo en la redención; y 3.º la distribución de la gracia; 4.º examinaremos el sentir de los PP. de la Iglesia, singularmente de san Agustín; 5.º responderemos á las objeciones.

I. En el antiguo Testamento declaró Dios expresamente su voluntad: en el *salmo 144*, v. 8, se dice: « Que el Señor es misericordioso, benigno, paciente, lleno de bondad y beneficio para con todos; sus misericordias están derramadas en todas sus obras. » Si hay pues un solo hombre á quien Dios no quiso *salvar*, ¿en qué consiste la misericordia de Dios respecto á este hombre?

En el *c. 11 del libro de la Sabiduría*, v. 23, se dice: « Teneis, Señor, piedad de todos, porque todo lo podéis..... Amais todo lo que existe, y nada aborrecéis de lo que habeis criado..... y perdonais á todos, porque todos son de vos, porque amais á las almas. » En el *c. xi, 4*: « ¡Cuán bueno, dice, sois, Señor, é indulgente para con todos! » Y en el *v. 13*: « Vos, Señor, dice, tenéis cuidado de todos, para que todos vean que los juzgais con justicia. » En el *v. 16*: « Nuestro poder es el manantial de vuestra justicia, y como sois el manantial de todos, á todos perdonais. » En el *v. 19*: « Con esta conducta enseñasteis á vuestro pueblo á ser justo y humano, etc. » Este lenguaje no es el de ciertos teólogos, que dicen que Dios, en virtud de su poder y de su soberano dominio, pudiera sin injusticia condenar al mundo entero; el autor sagrado sostiene, al contrario, que en virtud de este poder absoluto y soberano dominio, Dios es bueno, paciente y misericordioso para con todos. Los primeros nos pintan á Dios como un sultán, un déspota y un Señor terrible; el segundo nos le presenta como un padre tierno y amable: bien fácil es decidir de qué lado está el espíritu de Dios.

En el *cap. 6 del Génesis*, v. 6, leemos que Dios sintió dolor en su corazón, cuando re-

solvó el exterminio del género humano por el diluvio. En el *cap. 1 de la Sabiduría*, v. 13, se dice que Dios no se complace en perder á los vivientes. Castiga, pues, contra su gusto en este mundo, y con mucha mas razón en el otro; su primera voluntad es de *salvarnos*. En el *cap. 1 de Isaías*, v. 24, parece que Dios se lamenta de verse precisado á castigar á los judíos: « ¡Ay! dice, yo me vengaré de mis enemigos; pero yo te alargaré la mano, oh Israel, y te purificaré! » En el *cap. 18 de Ezequiel*, v. 23, se dice: « Acaso es la voluntad mia que muera el impío, y no que se convierta y viva? Y en el *v. 32*: « No, dice, yo no quiero la muerte del impío, sino que se convierta y viva. »

Aun con mas energía enseña esta misma verdad S. Pablo en su *Epistola á Timoteo*, ii, 1: « Exijo que se hagan oraciones, súplicas, instancias á Dios por todos los hombres..... Esta es una práctica santa y agradable á Dios nuestro *Salvador*, que quiere que todos los hombres se *salven*, y lleguen á conocer la verdad, porque no hay mas que un Dios, un mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo (verdadero) hombre que se entregó á sí mismo para redención de todos, según lo verificado en tiempo; » y en el *cap. 4*, v. 10: « Esperamos, dice, en Dios vivo, que es el *Salvador* de todos los hombres, singularmente de los fieles. » No hay aquí necesidad de explicación, ni de comentarios; el Apóstol se explica á sí mismo. Dios quiere sinceramente la *salvación* de todos, porque S. Pablo quiere que se le pida por todos, porque nos dió á Jesucristo por mediador, y porque este divino *Salvador* se entregó por la redención de todos. Una voluntad demostrada por efectos tan magníficos no puede ser una simple veleidad, ni una voluntad aparente. S. Pedro, en el *Epist. 2*, iii, 9, dice á los fieles: « Dios obra con paciencia con vosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos hagan penitencia. »

II. Pero una vez que Jesucristo *testificó* en tiempo los designios y la voluntad eterna de Dios, conviene que veamos lo que de ellos dice el mismo *Evangelio de S. Luc.*, ix, 36: « El Hijo del Hombre, dice, no vino á perder á las almas sino á salvarlas. En el *c. 43*, v. 40: « El Hijo del Hombre vino á buscar y á salvar lo que había pericidado; » y todos los hombres habian pericidado por el pecado de Adán. En el *Evangelio de S. Juan*, i, 29, dice S. Juan Bautista hablando de Jesucristo: « Veis aquí el Cordero de Dios que borra los pecados del mundo. En el *c. 4*, v. 24: « El es verdaderamente el *Salvador* del mundo. » En el *c. 3*,

v. 17: « El Hijo del Hombre no vino al mundo á juzgarle sino á salvarle; » *c. 12*, v. 47. *Epist. 1 de S. Juan*, ii, 2: « El es la víctima de propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino tambien por los de todo el mundo. *Cap. 4*, v. 14: « El Padre envió á su Hijo como *Salvador* del mundo. » Habrá quien se atreva á decir que en estos testimonios el mundo es el pequeño número de predestinados, ó de los pocos que creen en Jesucristo? El mismo impugna este subterfugio, cuando dice *todo el mundo*; y si fuese preciso entender de otra manera, el lenguaje del *Salvador* y de los apóstoles sería un lazo continuo de errores.

S. Pablo confirma el verdadero sentido de estos testimonios. En el *1.º Epist. á los Corint.*, xi, 22, dice: « Asi como todos mueren en Adán, asi tambien serán todos vivificados en Jesucristo. » En estas palabras está comprendido todo el género humano. En el *2.º á los Corint.*, v, 14, dice: « La caridad de Jesucristo nos estrecha, porque si uno solo murió por todos, luego todos murieron, y por todos murió Jesucristo. » Prueba el Apóstol la universalidad de la muerte en que incurrimos por el pecado de Adán, ó del pecado original, por la totalidad de aquellos por quienes murió Jesucristo. S. Agustín repite á lo menos diez veces este pasaje arguyendo contra los pelagianos.

Ya el profeta Isaías habia anunciado esta verdad importante, diciendo del Mesías: « El Señor le cargo con las iniquidades de todos nosotros, » *Cap. 33*, v. 6.

Acaso replicarán que en el *c. 12* dice que « tomó sobre sí los pecados de muchos, » y que en el *c. 20 de S. Mat.*, v. 28, dice el mismo Jesucristo que « vino á dar su vida por la redención de muchos. » En el *cap. 26*, v. 28, dice: « Mi sangre será derramada por muchos. » Lo mismo vemos en *san Marcos*, xv, 24.

No harán esta objeción los que conocen la energía del texto hebreo. Nosotros sostenemos que en Isaías la palabra *rabbim* está mal traducida por *multitud* ó *multitudes*. Ahora bien; una cosa es afirmar que Jesucristo murió por la *multitud de los hombres*, y otra el decir que murió por *muchos*: lo primero puede significar la totalidad del género humano; lo segundo solo designa un número determinado. Los escritores del nuevo Testamento tomaron sin duda dicha palabra en el mismo sentido que Isaías; y la prueba es, que S. Pablo en el *Epist. á los Romanos*, v, 13, dice que por el pecado de uno solo murieron *muchos*; y no hay duda de que por la palabra

muchos debemos entender la totalidad. San Agustín lo sostiene así contra los pelagianos, cuando quisieron abusar de estas palabras para probar que el pecado original no era común á todos los hombres. En el t. 6, *contra Jul.*, c. 23, n. 80, y en el t. 2, *Op. imperf.*, c. 109, dice que la totalidad es una multitud, y no un número pequeño. Si Jesucristo fuera solo *Salvador* del pequeño número de hombres predestinados, sería falso, y no se podría sostener que es el *Salvador de todos*; al contrario, si es *Salvador de todos*, no hay duda de que lo es de la multitud de los hombres.

III. Finalmente, por los efectos podemos y debemos juzgar de la voluntad de Dios y de la de Jesucristo: ahora bien, en el artículo GRACIA, § 3, hemos probado que este don de Dios es concedido á todos sin excepción, aunque con mas abundancia á unos que á otros, de modo que se puede asegurar con toda verdad que ningún hombre peca por falta de gracia. En efecto, el autor del *Eclesiástico*, en el c. 13, v. 11, no consiente que digan los pecadores: *Me falta Dios, per Deum abest*, porque sería lo mismo que si dijese: *Dios hizo que me faltasen las fuerzas y la gracia*. El Señor, les responde, á nadie da lugar á pecar, *namini dedit spatium peccandi*, v. 21. Y Dios daría lugar para pecar, si dejase al hombre sin los auxilios que son absolutamente necesarios para abstenerse del pecado.

En el c. 12 de la *Sabiduría*, v. 13, el autor dice á Dios: « Vos tenéis cuidado de todos para demostrar que juzgais con justicia. » En el v. 19: « Con vuestra conducta hacéis ver á vuestro pueblo que es preciso ser justo y humano, disteis la mayor esperanza á vuestros hijos, etc. Si Dios castigase los pecados cometidos por no haber tenido gracia, no demostraría su justicia, ni nos enseñaría á ser justos, ni nos daría motivo para esperar en su misericordia.

Para trastornar nuestra confianza, repiten algunos teólogos que Dios nada nos debe. ¿Qué importa, si consiente en darnos lo que no nos debe? Nos debe lo que nos ha prometido. « Dios, dice S. Agustín, se hizo nuestro deador, no porque recibió alguna cosa de nosotros, sino porque nos prometió lo que quiso; *sermon* 138, n. 2. « Dios, dice S. Pablo, es fiel á sus promesas; no permitirá que seais probados sobre vuestras fuerzas, y os hará sacar ventaja de la tentación, ó de la prueba misma, para que podáis perseverar; » 1^a *Epist. á los Corint.*, x. 13.

En toda la Sagrada Escritura toma Dios el nombre de *Padre* respecto á sus criaturas, y quiere que le demos este nombre; y Jesu-

cristo nos enseña á que le llamemos así para excitar nuestra confianza. Para manifestar aun mas bondad á los judíos, hace que Isaías les diga: « Esta nación se atreve á decir: El Señor me abandonó, y no se acuerda de mí. ¿Puede una madre olvidarse de su hijo, y no ser tierna con el fruto de sus entrañas? Aun cuando pudiera suceder, yo no la imitaría; » XIX, 14. Despues que Dios se dignó concedernos á su hijo por único mediador y *Salvador* nuestro, no se habrán endurecido las entrañas de la misericordia para con los hombres. ¿Y tendríamos por tierno á un Padre, que despues de haber dado leyes á su hijo, le negase los auxilios y medios necesarios para cumplirlas? Es muy extraño que haya quien se atreva á atribuir á Dios un modo de conducirse que no tendría valor para atribuirlo á un hombre; que se suponga que Dios nos manda el bien, y que muchas veces no nos da la gracia, sin la cual no le podemos hacer.

En vano se replicará que no hay comparación entre los derechos de Dios y los de los hombres. Nosotros respondemos que aquí no se trata de los derechos de Dios, sino de la conducta, de la cual se digna darnos testimonio: él es quien se compara con el hombre, y quiere que su providencia nos enseñe á ser justos y humanos. No se puede argüir con la grandeza infinita de Dios, puesto que quiere bajarse hasta nosotros y servirnos de modelo. El respeto declina en verdadera hipocresía, cuando es mayor de lo que Dios quiere. Pues bien, el mismo asegura que es mas tierno, mas liberal y mas misericordioso que el mejor de los padres y que la madre mas sensible: por consiguiente así se conduce.

Los libros del nuevo Testamento nos dan la misma consoladora idea de nuestro *Salvador*. En ellos leemos que no es el Dios de la justicia rigurosa, ni el Dios de las venganzas sino el padre de las misericordias, el Dios de toda consolación, que no trata de ostentar la severidad ni sus soberanos derechos, sino que hace brillar su bondad y su humanidad, *Epist. á Tit.*, iii, 3; que dándonos á su hijo, con él nos lo dió todo, *Epist. á los Rom.*, viii, 32; que debemos ser misericordiosos, sufridos é indulgentes con nuestros hermanos, concederles todo lo que pidan y perdonárselo todo, como Dios hace con nosotros, *Epist. á los Colos.*, iii, 3. Este modo de hablar es muy distinto del de aquellos teólogos, que nos enseñan que Dios está siempre lleno de ira por el pecado original, y que no solo tiene derecho á negarnos la gracia; sino que efectivamente nos la niega á veces.

S. Juan, en el c. 1 de su *Evang.*, v. 9, llama al Verbo divino la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. No se trata en estas palabras de la luz natural, ni de la inteligencia que da Dios á todos los hombres: esta nunca se llamó en la Sagrada Escritura verdadera luz, ni tampoco hablaba de ella Jesucristo cuando dijo: *Yo soy la luz del mundo*, *ibid.*, viii, 12, ix, 3, etc.; sino que se trata de la luz, de la cual dió testimonio san Juan Bautista para que produjese la fe, i, 8; luego habla de la luz sobrenatural de la gracia. Así lo entienden todos los PP., singularmente S. Agustín, cuando explica estas palabras de S. Juan *Tract.*, 4, in *Joan.*, n. 18; *Tract.*, 2, n. 7; y en otros diez ó doce lugares de sus obras, *Retract.*, l. 1, c. 10, etc. V. GRACIA, § 3.

El profeta Malaquías, iv, 2, llama al Mesías *Sol de Justicia*; y en el *Evang. de S. Lucas*, i, 78, se dice que el sol se elevó sobre nosotros en lo mas alto del cielo, para iluminar á los que están en las tinieblas y en las sombras de la muerte. Por consiguiente, los PP. de la Iglesia aplican al Verbo divino lo que dice del sol el Salmista, *que nadie carece de su calor*. Lo mismo hace S. Agustín; y el calor del sol de justicia es evidentemente la gracia.

S. Pablo, en la *Epist. á los Rom.*, v, 12, compara la distribución de la gracia á la comunicación del pecado de Adán. « Si por el pecado de uno solo, dice, pereció la multitud de los hombres, con mucha mas razon la gracia de Dios y el don que de esta gracia nos hizo un solo hombre, que es Jesucristo, abunda mucho mas sobre la misma multitud. O no es exacta esta comparación, ó debemos creer que ninguno de los hijos de Adán está privado de la gracia. En estas palabras la gracia en general no es la justificación, porque esta no se concede sino á los que reciben la abundancia de la gracia, y los dones de Dios y la justicia. *Ibid.*, v, 17. Luego S. Pablo habla de la gracia actual que á todos se concede para obrar bien. Según el Apóstol, la gracia fué superabundante donde abundaba el pecado, v. 21. Y como este abundaba en todos los hombres del universo, por consiguiente tambien la gracia.

En los artículos ARABONO, ENSURECIMIENTO, INFELLES, JUDAISMO, § 34, hemos probado que Dios jamás negó ni niega la gracia á los judíos ni á los paganos, ni á los grandes pecadores, ni á los pecadores obstinados y endurecidos; luego á nadie la niega, y como no se concede sino por los méritos de Jesucristo, con razon se llama el *Redentor* y *Salvador*

del mundo, ó del género humano, sin excepción alguna.

IV. Para manifestar cuál ha sido el sentir de los PP. de la Iglesia, singularmente de los mas antiguos y respetables, no repetiremos los testimonios que ya hemos citado en el artículo REDENCION, para hacer ver su modo de pensar respecto á la plenitud y universalidad de este beneficio, ni lo que respondieron á los judíos, á los paganos, á los gnósticos, á los marcionitas y á los maniqueos que desconocian su precepto, su extensión y sus efectos, de lo que alli hemos probado resultaba que los que ponen restricciones, modificaciones ó excepciones á los pasajes de la Sagrada Escritura que hemos alegado, contradicen expresamente á los PP. de la Iglesia, inventan un sistema desconocido á la antigüedad, y renuevan las blasfemias de los antiguos herejes.

Así los que contradicen la voluntad general y sincera de Dios de salvar á todos los hombres, la aplicación á todos de los méritos de la muerte y pasión de Jesucristo, y la distribución general de la gracia en virtud de la redención, no se acordaron nunca de alegar el dictamen de los PP. de los cuatro primeros siglos, y se contentaron con citar á san Agustín. En su concepto, este fué el primero que examinó con cuidado las cuestiones del pecado original, de la predestinación y de la gracia; y por consiguiente él solo debió servir de guía, puesto que la Iglesia adoptó y confirmó solememente su doctrina.

Nosotros nos vemos, pues, reducidos á suponer, para complacerlos, que en el siglo V salió á luz una tradición nueva, una doctrina desconocida de toda la antigüedad, y unos artículos de fe del todo nuevos. Si así hubiera sucedido, ¿con qué cara pudiéramos oponer la tradición de la Iglesia á los protestantes que no cesan de apelar á la doctrina de los cuatro primeros siglos?

Pero nuestros adversarios se parán muy poco en las consecuencias; el punto principal está en saber cuál es la verdadera doctrina de S. Agustín, lo que ya hicimos ver en el artículo GRACIA, § 3, y en el artículo REDENCION, y lo repetiremos con la brevedad posible.

4^o No debemos olvidar que los pelagianos no admitían otra gracia que el conocimiento de Jesucristo y de su doctrina, el perdón de los pecados y la justificación, hecho esencial que hemos probado en el artículo PELAGIANISMO. Según S. Pablo, declan, quiere Dios que todos los hombres se salven, y Jesucristo murió por todos; según S. Juan, el

Verbo es la verdadera luz que á todos ilumina; luego Dios á todos concede la gracia, esto es, el conocimiento de Jesucristo y la justificación, si se disponen debidamente á ella, y no resisten á la inspiración de Dios. Por este discurso se infiere con toda evidencia que se trataba de la voluntad absoluta de Dios, de la efectiva aplicación de los méritos de Jesucristo, y de la luz sobrenatural. S. Agustín sostiene con mucha razón que la gracia entendida de este modo no se concede á todos, sino solamente á los que fueron predestinados á recibirla; que si san Pablo incluye á todos los hombres, es porque los hay de todos los sexos y edades; que lo mismo se debe entender lo que se dice en otra parte, que Dios los ilumina á todos, y que Jesucristo murió por todos; que cuando leemos en la Sagrada Escritura que *Dios quiere salvar á todos los hombres*, solo significa que Dios hace lo que queremos. *Eurichid. ad Laur.*, c. 103, n. 27; *contra Julian.*, l. 1, c. 8, n. 44; *l. de Correp. et Grat.*, c. 14, n. 44; c. 15, n. 47, etc.

2º Decían los pelagianos que Dios quería salvar á todos los hombres sin distinción, diferencia, ni predilección *æqualiter, indistinctè, indifferenter*. S. Prospero, *Epist. ad August.*, n. 4; *Carm. de Ingratis*, c. 8; S. Fulgencio, *l. de Incarnat. et Grat.*, c. 29; *Causas hærens.*, l. 1 de *Lib. Arbit.*, c. 17. De lo cual inferían también que Dios concede la justificación y la luz de la fe á todos los que se disponen á ella por sus propias fuerzas, ó por lo menos á los que no ponen óbice á la gracia. S. Agustín combate esta pretensión igualmente que la anterior con el ejemplo de los párvulos. Dios concede á unos la gracia del bautismo y la justificación, sin que se dispongan á ella en manera alguna, porque son incapaces de disponerse; y á otros se la niega sin que pongan obstáculo á la gracia, porque son incapaces de resistencia. Luego es falso que esta gracia se concede á todos los que no le ponen obstáculo, y que la voluntad de Dios de concederla sea una voluntad general. Esto no tiene réplica.

Però ¿se sigue de aquí que Dios no quiere dar, y que no da en efecto á todos los adultos *gracias actuales y transientes*, que los conducirían tarde ó temprano á la fe y á la salvación, si fueran fieles en corresponderle; y que sobre esto no es general, sincera ni eficaz la voluntad de Dios de salvar á todos los hombres, y que este es el sentir de S. Agustín? En tal caso, hubiera discurrido muy mal, porque el ejemplo de los párvulos nada probaría. Esto sería salirse de la cuestión ventilada entre él y los pelagianos, porque estos

no querían admitir ninguna gracia interior, con el pretexto de que el hombre no la necesitaba, y destruiría su libre albedrío. V. PELAGIANOS.

Es bien extraño que no vean los absurdos de su hipótesis los partidarios de la opinión contraria.

1º Suponen que, para refutar con más facilidad á los pelagianos, S. Agustín retrató y contradijo todos los principios que había sentado contra los maniqueos; que debilitó todas las respuestas que había dado á sus objeciones, y que les dió márgen para conseguir el triunfo. ¿Había menos necesidad de refutar á los maniqueos que á los pelagianos?

2º Suponen que, en el hecho de negar que Jesucristo murió por todos los hombres sin excepción, renunció S. Agustín la prueba de la universalidad del pecado original, que había sacado de los testimonios de S. Pablo en la *Epist. 1.ª á los Corint.*, v. 14: «Si uno solo murió por todos, luego todos murieron, y por todos murió Jesucristo.» En la *Epist. 1.ª á los Corint.*, xv. 22. «Así como todos mueren en Adán, así también todos serán vivificados en Jesucristo.» Que de este modo S. Agustín dió motivos á los pelagianos para que arguyesen de que se contradecía.

3º Se empeñan en hacernos creer que dando un sentido equivocado á tres pasajes del nuevo Testamento, destruyó el santo doctor la fuerza de los otros, á los cuales no se puede dar la misma explicación. «El Hijo del hombre vino á buscar y á salvar lo que había perdido..... El es el Salvador de todos los hombres, especialmente de los fieles..... Es la víctima de propiciación por nuestros pecados, no solo por los nuestros, sino por los de todo el mundo..... Dios tiene paciencia y no quiere que nadie perezca, sino que todos hagan penitencia.... Yo no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, etc.» Qué giro se ha de dar á estos testimonios para oscurecer su sentido?

4º Suponen que S. Agustín se contradijo mil veces hablando de la voluntad de Dios.

En efecto, en el *l. de Spirit. et Litt.*, c. 33, n. 38, dice: «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen á conocer la verdad, sin privarlos de su libre albedrío, según el buen ó mal uso, del cual serán juzgados con justicia. Así los infieles, en el hecho de resistirse á creer en el Evangelio, se resisten á la voluntad de Dios; pero no la vencen, porque se privan del sumo bien, y experimentarían en los castigos la omnipotencia de aquel, cuya misericordia despreciaron.» En su *Enchir. ad Laur.*, c. 100, añade: «En

cuanto á los pecadores, ellos hicieron lo que Dios no quería; pero en cuanto á la omnipotencia de Dios, no consiguieron lo que deseaban..... Por haber obrado contra su voluntad se cumplió en ellos su voluntad.... De este modo lo que se hace contra su voluntad, no se hace sin ella.» En el *l. de Correp. et Grat.*, c. 14 n. 43, dice: «Si Dios quiere salvar á uno, ninguna voluntad humana le resiste, porque él quiere y él no quiere de tal modo están en la potestad del hombre, que esta no impide la voluntad de Dios; ni puede esperar su omnipotencia. De este modo hace Dios lo que quiere, aun con aquellos mismos que hacen lo que él no quiere. Finalmente, en el *Enchir.*, c. 95 y 96, dice: «Nada se hace sino lo que Dios quiere, bien permitiéndolo, bien haciéndolo él mismo; y le es tan fácil lo uno como lo otro.»

Si para conciliar estos diversos pasajes, no se distinguen en Dios diferentes voluntades, ó mejor diferentes maneras de considerar la voluntad de Dios, solo quedará un tejido de contradicciones. Es necesario distinguir cuatro por lo menos.

1º La voluntad legislativa y absoluta por la cual quiere Dios que el hombre sea libre para obrar bien ó mal según su elección; que si obra bien, se le recompense, si obra mal, se le castigue. Nada puede resistir á esta voluntad, y con razón lo sostiene san Agustín.

2º La voluntad de afecto general por la que Dios, en consideración á los méritos de Jesucristo, quiere dar á todos los hombres sin excepción los medios para salvarse mas ó menos poderosos y abundantes, y se los da en efecto aunque con mucha desigualdad; y ¿quién es capaz de impedirlo?

3º La voluntad de elección, de predilección y de preferencia, por la cual quiere Dios con mas eficacia salvar á unos que á otros, y en consecuencia les da gracias mas poderosas, mas abundantes y mas eficaces que á los otros. Esto es lo que llaman *predestinación* S. Pablo y S. Agustín, y lo que no quieren admitir los pelagianos. Nadie puede resistir á esta elección ni á la distribución de las gracias de esta especie.

4º La voluntad puramente permisiva por la cual deja Dios al hombre usar de su libertad, y resistir á las gracias que le concede, aunque pudiera impedirlo, si quisiera. Esta voluntad no se opone á ninguna de las anteriores, y no se puede decir que el hombre la resiste cuando usa de su libertad. Véase *Voluntad de Dios*.

Se infiere de lo dicho que cuando Dios da

la gracia no quiere que el hombre consenta y que cuando el hombre resiste, es porque Dios no quiere que el hombre consenta? E, decirlo sería una blasfemia, y se seguiría que Dios no obra de buena fe; S. Agustín nunca enseñó semejante absurdo. Solamente se sigue que cuando Dios da la gracia para obrar bien, no quiere usar de violencia, ni de la necesidad, ni de ninguno de los medios que pudiera emplear para conseguir del hombre la fidelidad ó la gracia.

Estas mismas distinciones no son menos necesarias para entender muchos lugares de S. Pablo en su verdadero sentido. Por una parte dice S. Pablo que Dios quiere salvar á todos los hombres, y por otra enseña que Dios tiene misericordia con el que quiere, y que endurece ó deja endurecerse á quien le acomoda, y ¿cómo podremos asegurar que Dios quiere sinceramente que se salven los que dejan endurecerse? Pregunta el Apóstol: ¿Quién se resiste á la voluntad de Dios? y mas de una vez acusa á los judíos incrédulos por su resistencia. ¿Cómo podemos conciliar todo esto? Con mayor facilidad lo conciliaremos, si consideramos la voluntad de Dios bajo diferentes aspectos. Dios quiere salvar á todos los hombres, porque á todos les da, no todas las gracias y medios para salvarse que pudiera darles, sino gracias y medios que bastan para que todos puedan conseguir la salvación, si quieren aprovecharse de ellas. Estos medios no pueden nacer sino de una voluntad sincera y real, por consiguiente los que resisten á estos medios, y se dejan endurecer contra la gracia, se resisten á la voluntad de Dios. Pero nadie resiste á la voluntad de predilección, por la cual quiere Dios dar y efectivamente da á unos gracias mas abundantes y eficaces que á otros. Esta predilección, esta elección, esta predestinación depende de solo Dios, y el hombre no puede conocerla, ni tiene derecho para pedir cuentas á Dios sobre este punto.

¿Quién eres tú, hombre, dice el Apóstol, para disputar con Dios? *Epist. á los Rom.*, ix, 20.

V. ¿Por qué la voluntad de Dios de salvar á todos los hombres parece estar sujeta á grandes objeciones y dificultades? ¿Por qué algunos teólogos tienen repugnancia en admitirla? Porque la comparan con la voluntad del hombre; y ¿cuantos sofismas no dió márgen esta comparación? No se dice que el hombre quiere sinceramente una cosa sino cuando hace *todo lo que puede* por conseguirla, poniendo todos los medios que están á su alcance; de lo contrario su voluntad es

tenida por un deseo bajo y por una simple veleidat. Pero respecto á Dios sería un absurdo este modo de juzgar: es imposible que Dios haga *todo lo que puede* por salvar á todos los hombres, porque su poder es infinito é inagotable. El hombre puede usar de todo su poder, porque es limitado; pero Dios no puede llegar al término del suyo, porque no lo tiene. Por lo mismo basta que á todos los medios suficientes, y que producirían su efecto si todos correspondiesen á ellos con la fidelidad debida. Dios concede sin duda estos medios á todos, porque á todos manda obrar bien, reprende á todos los que pecan, y castiga á los imponentes. Estos proceptos, estas reprensiones y estos castigos serían injustos si Dios negase á algunos la potestad, la fuerza necesaria para cumplir con lo que él mismo manda.

Es verdad que Dios quiere con preferencia y mas eficazmente la *salvacion* de algunos á quienes da medios y auxilios mas poderosos, mas abundantes y mas eficaces; pero sin por eso se infiere que su voluntad no sea sincera, sino una simple veleidat, porque les da medios menos eficaces.

Ninguna reflexion es capaz de comover á los razonadores que llegan á fijarse en un sistema qualquiera; los que ahora impugnan no cesan de repetirnos las mismas objeciones sin que quieran contentarse con ninguna respuesta.

Alegan contra nosotros: 1º Diferentes lugares de la Sagrada Escritura, en los cuales se dice que Dios hizo todo lo que quiso, y que hace todo lo que quiere en el cielo y en la tierra; que cuando Dios quiere, nada se resiste á su omnipotencia; y que puede mover á su gusto los corazones y las voluntades de los hombres, etc.

Respondemos que la mayor parte de aquellos testimonios hablan de la voluntad absoluta de Dios, por la cual crió al mundo, arregló la suerte de las criaturas, hace milagros y fija el destino de las naciones, etc.; y que estos son unos acontecimientos en que no entra para nada la voluntad de los hombres; pero cuando se trata del negocio de la *salvacion*, á la que por necesidad debe cooperar la voluntad del hombre, entonces no se habla de la voluntad absoluta de Dios, y es indispensable admitir en Dios por lo menos dos voluntades: una por la cual quiere sinceramente conceder la felicidad eterna; y otra por la cual quiere Dios que el hombre la merezca, correspondiendo libremente á la gracia que le concede. Así que la primera de estas voluntades no es absoluta, y abraza como

condicion indispensable la libre correspondencia del hombre.

No faltará quien diga que si Dios quisiera sinceramente la *salvacion* del hombre, no haria que dependiese de la voluntad de este, sino que él mismo la prepararia sin que dependiese de condicion alguna, ó que por lo menos dispondria nuestra voluntad con gracias eficaces, cuyo efecto, aunque libre, sin embargo sería infalible.

Los que quieren sostener este plan de providencia tienen que probar dos cosas: 1º Que sería mejor que la salud eterna no fuese para nosotros una recompensa, sino un don puramente gratuito, y que no fuese preciso el mérito para conseguirla. 2º Que cuando mas dispuesto está el hombre, para resistir á la gracia, tanto mas eficaz y abundante debe Dios concederla para vencer su voluntad. Quisiéramos saber en qué principio pueden fundarse semejantes suposiciones, porque aun suponiendo que esto fuese mejor, sería preciso probar que Dios está siempre obligado á hacer lo que á nosotros nos parece mejor.

2º Dicen nuestros adversarios que la gracia es la operacion de la omnipotencia divina, la misma que sacó al mundo de la nada, etc., por lo mismo es absurdo pensar que el hombre puede resistir á ella. No reflexionan que se ven ellos mismos precisados á responder á esta objecion. La gracia que Dios habia dado á los ángeles antes de su pecado, y la que dió al hombre para perseverar en su inocencia, era sin duda la operacion de la omnipotencia de Dios, porque no hay en él dos omnipotencias distintas; sin embargo se resistieron á ella los ángeles y el primer hombre. No se sigue de eso que Dios no queria que los ángeles y el hombre perseverasen, que esta voluntad fue solo una veleidat, que la voluntad de Dios quedase vencida, ni que el hombre pudiese ni pueda mas que su Criador, etc. Estos dos ejemplos demuestran lo absurdo de los argumentos, que no cesan de repetir los partidarios de la predestinacion absoluta y de la gracia irresistible.

Acaso replicarán que Dios no quiso hacer uso de su omnipotencia con los ángeles ni con el hombre en el estado de la inocencia; pero que nos prueben que Dios la usa con el hombre despues del pecado original, á pesar de las seguridades positivas que nos da en la Sagrada Escritura de que deja siempre al hombre la potestad de resistir á la gracia.

3º *Objecion.* Nos equivocamos en suponer que la voluntad de Dios de salvar á todos los hombres es una voluntad condicional, y que

Dios quiere salvarlos *si ellos quieren*; S. Agustín impugna esta voluntad condicional admitida por los pelagianos y semipelagianos, como un error injurioso á Dios.

Respuesta. Ya hemos notado en otros artículos que esta proposicion, *Dios quiere salvar á todos los hombres, si ellos quieren*, puede tener un sentido herético, y puede tambien tener un sentido ortodoxo. En el sistema de los pelagianos, y semipelagianos la citada proposicion quiere decir: *Dios quiere salvar á todos los hombres, si quieren disponerse á la gracia y á la salvacion por sus propias fuerzas, por despos piadosos y por votos que previenen la gracia y la merecen.* Este es el sentido herético que con mucha razon impugna S. Agustín. En el sentido ortodoxo quiere decir: *Dios quiere salvar á todos los hombres, si obedecen á los movimientos de la gracia que previene su voluntad, que excita en ellos los buenos despos y los inclina á las buenas acciones.* Este sentido es muy diferente del primero, y jamás lo refutó S. Agustín, sino que lo sostuvo con todas sus fuerzas. Nuestros adversarios confundan estos dos sentidos, y juegan sobre un equívoco con una afectacion maliciosa.

Es constante, repetimos, que los pelagianos nunca quisieron confesar la necesidad de una gracia interior y preveniente, para excitar la voluntad del hombre á deseos piadosos y buenas obras; siempre sostuvieron que esta gracia obstruiría el libre albedrio, que según ellos consiste en una especie de equilibrio de la voluntad del hombre entre el bien y el mal, una facilidad para inclinarse igualmente á lo uno que á lo otro. En el dia, los socinianos y los arminianos tambien lo entienden así, y niegan como los pelagianos toda acción interior de la gracia sobre la voluntad humana. Luego cuando dicen que Dios quiere salvar á los hombres, *si ellos quieren*, dan á esta condicion el primer sentido que ya hemos indicado, y de ningún modo el segundo.

Bien extraño es que, á pesar de la multitud de los mas enérgicos testimonios de la Sagrada Escritura que hemos citado, á pesar de la tradicion constante de los cuatro primeros siglos que no se atreverán á poner en duda nuestros adversarios y á pesar de la evidencia de las razones teológicas en que se fundan las verdades que sostenemos, lleve la osadía al extremo de enseñar públicamente en *Instituciones teológicas* todos los errores contrarios, como lo hizo impunemente el autor de la *Teología Lugdunense*. En el t. 2, p. 107 y 108, se atreve á sostener que no hay formalmente en Dios voluntad de

salvar á todos los hombres; en la p. 396 y 397, que Jesucristo murió por todos, en el sentido de que el precio de su muerte era suficiente para salvar á todos; que murió por una causa común á todo el género humano; que se revistió de una naturaleza común á todos, y que la gracia actual necesaria para obrar bien no á todos se concede; t. 3, p. 196, 201, y 202. No deja de sostener que cuando el hombre privado de la gracia vivía los mandamientos divinos, es culpable y digno de castigo, porque estos preceptos son posibles en si mismos, y porque recibió de la naturaleza el libre albedrio, que es una potestad real para obrar bien; p. 73. No conoce mas gracia suficiente que la eficaz, comparándola con la acción, por la cual crió Dios al mundo y resucitó á Jesucristo; p. 132 y 188.

Pero no se tomó el trabajo de responder á las pruebas que ya hemos alegado, y solo funda sus opiniones en algunos relatos de S. Agustín, dándole el sentido falso que ya hemos refutado. Jamás hubo escritor mas diestro para inventar sofismas, jugar con equívocos, torcer el sentido de los lugares de la Sagrada Escritura y evadir las consecuencias de un argumento. En tiempos mas felices esta obra hubiera sido condenada con las mismas censuras que las de Jansenio y Quesnel de que es una copia.

Las *Instituciones teológicas* de que se acaba de hacer mencion se hallan en el índice de libros prohibidos, bajo este título: *«Institutiones Theologicae ad usum Scholarum accommodatae quae vulgariter circumferuntur sub nomine THEOLOGICAE LUGDUNENSIS. Lugduni, 1780, cum ceteris editionibus inde secutis. Decr. 17 decembris 1792.* A pesar de tan expresa prohibicion, hay universidades en España que cuentan dicha obra entre los libros de texto para la ensenanza teológica. Si las reclamaciones de los señores obispos no bastasen á evitar la circulacion y adopcion de semejantes libros; si el gobierno pasase por alto el escándalo y los peligros á que conduce la diffusion del veneno jansenístico; y si todo concurriese á que viésemos figurar entre los libros de ensenanza obras del carácter y temple de la *Teología Lugdunense*, todavia es de esperar que los catedráticos sabrán corresponder á su digna y elevada mission, rechazando con celo y energia las doctrinas anatematizadas y peligrosas que por otra parte no pueden tolerar en conciencia.

Salvador (Nuestro) (Congregacion de). Es una asociacion ó instituto de canónigos regulares de san Agustín reformados por el

beato Pedro Fourier, presbítero de esta congregación, y cura de Matincourt en la Lorena, que murió el año de 1640. Esta reforma fué aprobada por Paulo V en 1615, y por Gregorio XV en 1621. El objeto de estos canónigos es trabajar en la instrucción de los jóvenes y de los habitantes de las aldeas. Muchos poseen curatos, y están en la actualidad encargados de la enseñanza de la juventud en los colegios de Lorena, que antes poseían los jesuitas.

SALVADOR (San). Orden de religiosos y religiosas fundada por santa Brígida hacia el año de 1344. La opinión común de aquellos tiempos fué que Jesucristo le dió la regla entre las revelaciones que concedió á esta santa. Las religiosas se llaman también *Bridgidas* ó *Bridgetinas*, del nombre de su fundadora, y tienen por objeto principal el honrar la memoria de la Pasión de Jesucristo, y de los dolores de Nuestra Señora; los religiosos le proporcionan auxilios espirituales no solo á estas religiosas, sino á cuantos de ellos tengan necesidad.

La Santa hizo esta fundación á la vuelta de su peregrinación á Santiago en compañía de su esposo Ulfo ó Guello, príncipe de Nericia en Suecia. El primer monasterio se edificó en Wesseri, ó Wastin, del mismo reino, donde colocó sesenta religiosas, y en otro edificio separó trece sacerdotes, cuatro diáconos y ocho legos. A unos y otros dió la regla de san Agustín y unas constituciones particulares. Urbano V, Martino V, y otros papas que las aprobaron, nada dicen de las profundas revelaciones que había tenido la santa fundadora. Clemente VIII hizo alguna variación en sus constituciones en 1603, en favor de dos monasterios que se habían establecido en Flándes.

En esta provincia y en Alemania hay actualmente muchos monasterios del orden de santa Brígida, ó del *Salvador*, en los cuales se sirven de una misma Iglesia los religiosos y religiosas, separados por una especie de claustros. *Vida de los PP. y de los mártires*, 8 de octubre.

SALVADOR (San). Otra congregación de canónigos regulares de Italia, llamados *Scopetini*, que fueron instituidos en 4408 por el beato Esteban, religioso del orden de san Agustín. Su primer establecimiento fué en la iglesia de S. Salvador, cerca de Siena, de donde toman hoy su nombre. También se llaman *Scopetini*, cuyo nombre tomaron de la iglesia de san Donato de Scopeto, que consiguieron en Florencia en el pontificado de Martino V.

Salvaje. No se entiende solamente por

esto un hombre que, abandonado desde su infancia, ha vivido solo, entregado á una vida semejante á la de los animales, sino que se llama *salvajes* á los que viven en familias ó en pequeñas poblaciones aisladas, sin sociedad civil, y que no conocen todavía ni las artes, ni las leyes, ni los usos de los pueblos cultos. Algunos de nuestros filósofos han emprendido probar que aquellos que viven así son menos desgraciados y menos viciosos que nosotros. El mismo sabio Leibnitz, á pesar de lo juicioso que era, ha caído en esta preocupación. Dice que los *salvajes* de Canadá viven en paz, que no se ven entre ellos querellas, odios, guerras, sino entre hombres de diferente nación, y de diferentes lenguas; que en los niños mismos que viven juntos se ven rara vez querellas. Añade que estos pueblos tienen un horror natural al incesto, que la castidad en las familias es admirable, que el sentimiento del honor está llevado hasta el mayor grado de vivacidad entre ellos, que así lo testifica el arroyo que manan por la venganza y la constancia con la cual mueren en los tormentos. Dice, en fin, que bajo ciertos aspectos su moral práctica es mejor que la nuestra, porque no tienen avaricia de amontonar, ni la ambición de dominar. Concluye que hay entre nosotros mas bien y mas mal que entre ellos. *Espíritu de Leibnitz*, t. 1.º, pág. 453.

Pero este filósofo no había comparado bastante los *salvajes* de América y de los diversos climas; después que se ha examinado un mayor número de ellos, resulta de diferentes relaciones que, en general, los *salvajes* son mucho menos felices y menos virtuosos que los pueblos civilizados; muchos de nuestros escritores que habían sostenido lo contrario, se han visto obligados á desdecirse; estamos, pues, en derecho de concluir con la Escritura Sagrada: *No es bueno que el hombre sea solo*. *Gen.*, n.º 18.

Desde luego, en cuanto al bienestar físico, es cierto que los *salvajes* no cultivan nada; reducidos á vivir de la caza y de la pesca, están muy frecuentemente expuestos á morir de hambre, y su vida es muy poco diferente de la de los animales carnívoros; este estado de privaciones es un obstáculo inevitable para la población, y es lo que hace desiertas las mas vastas comarcas de América. En general, estos pueblos son tristes y melancólicos, naturalmente tímidos, espantados á la vista de cualquier objeto á que no están acostumbrados; esto es lo que los hace feroces y enemigos de los extranjeros. Está probado que un gran número de jóve-

nes *salvajes* perecen en sus correrías por el hambre, por la sed, por el frío, y por las fatigas, y que pocos llegan á la vejez. La condición de las mujeres es, sobre todo, la mas humillante, y la mas cruel; se las trata como animales de una especie inferior á la humanidad. A menos que los hombres no estén reunidos y sean trabajadores, no pueden gozar de los dones de la naturaleza, desplegar sus facultades ni su industria; ¿y qué felicidad pueden gustar? Se nos dice que un *salvaje* está contento con su hambre, con su vida dura, y con su desnudez, que un voluptuoso europeo no lo está con su lujo y molición; esto no es seguro, aun cuando así fuera, diríamos que es lo mismo qué un mono, que un cerdo; y esto prueba que la felicidad de un animal no es la misma que la de un hombre racional. La tierra hecha fecunda por el cultivo suministra lo necesario, y frecuentemente lo superfluo á un pueblo inmenso; el hombre no está reducido á disputar su comida á los leones y á los tigres; seis leguas continuadas de terreno cultivado pueden alimentar mas gente que cien leguas de tierra inculta.

Comparemos las fértiles llanuras de la Europa con las vastas solitudes de la América cubiertas de bosques, de pantanos, de vapores pestilenciales, de yerbas emponzoñadas, y de reptiles peligrosos, y veremos lo que produce el trabajo y el estado de sociedad.

Se nos engaña también cuando se dice que los *salvajes* son mas virtuosos ó menos viciosos que nosotros. Es difícil comprender cómo puede haber mucha virtud en un estado donde no se practica la virtud, y donde no se encuentran objetos capaces de excitar las pasiones. La virtud sin duda es la fuerza del alma, y es necesario mucha para seguir maquiñalmente las inclinaciones de la naturaleza animal. Para hacer un paralelo exacto entre los *salvajes* y nosotros, sería necesario comparar mil familias reunidas en la vida civil con un número igual de familias *salvajes*, y un igual número de hombres de una parte y de otra; calcular en seguida en un espacio de veinte años, ó mas, quién llevase ventaja en hechos de virtud ó de crimen; podemos afirmar que las ventajas serían cuádruplas para las familias de la sociedad civil. Un autor moderno no ha dejado de escribir que proporcionalmente al número de hombres se cometen en el norte de América mas crueldades y crímenes que en la Europa entera.

Es incontestable que los *salvajes* llevan la perdición y la crueldad á excesos horribles en

la guerra y en las venganzas; no se pueden leer sin horrorizarse los rasgos de crueldad que cuentan los viajeros; no comprendemos cómo se puede llamar *pacíficos* á unos rebaños de hombres, que viven en un estado de celos, de desconfianza, de guerra, de enemistad continua con sus vecinos, y que están siempre dispuestos á destruirse entre sí, á fin de tener á su discreción un terreno mas extenso para la caza y la pesca. Los cuácaros de la Pensilvania, los mas pacíficos de los hombres, han tenido que poner precio á la cabeza de los *salvajes*, y perseguirlos como bestias feroces, porque no podían tener con ellos paz ni tregua. No tienen necesidad de estar muy irritados para ser crueles; frecuentemente un padre mata ó degüella á su hijo en un exceso de cólera, y la madre no osaría oponerse ni quejarse. Si muere una madre criando á su hijo, se le enterra con ella, para no tener el cuidado de alimentarle; y un hijo abandona á su padre; toda una horda deja perecer á los ancianos, cuando estos no tienen fuerza para seguir á los cazadores en sus correrías. Todos tienen una especie de terror por los juegos de azar, y llegan á ser furiosos, ávidos, turbulentos, pierden el reposo, la razón y todo lo que poseen; son alternativamente niños imbeciles y hombres terribles: todo depende del momento.

Aunque sean castos por frialdad de temperamento, esto no es una maravilla, ni un gran mérito; es el efecto natural de la vida dura y de la fatiga; y no es necesario buscarla entre los *salvajes* para encontrar ejemplos. Vengativos hasta el exceso, no por el motivo de honor, sino por la brutalidad, soportan los tormentos por una especie de rabia, y respirando la venganza insultan á sus enemigos, porque no pueden escapar de la muerte, ni vengarse de otra manera. Esta no es una verdadera constancia, ni una virtud. No juzgamos un gran mérito el no tener avaricia de atesorar, ni la ambición de dominar; estas dos pasiones no pueden tener lugar en un estado en donde no hay ni riqueza, ni dominación, ó donde no hay ni avaricia de lo uno, ni de lo otro. Algunos deistas han pretendido que el hombre en el estado *salvaje* es incapaz por sí mismo de elevarse hasta el conocimiento de Dios; que así bajo este concepto están en una ignorancia invencible. Si hubiesen dicho que en este estado el hombre es incapaz de elevarse por sí mismo á un conocimiento de Dios exento de todo error, seríamos de su opinión, puesto que está probado por la experiencia que esto

no acontece jamás. Pero que haya *salvajes* que no tengan absolutamente ninguna idea clara ni oscura, perfecta ó imperfecta de la Divinidad, es otro hecho contrario á la experiencia, puesto que jamás se han encontrado tales; aquellos que creyeron haberlos visto, estaban mal informados.

Como la inclinación natural del *salvaje*, del mismo modo que la de sus hijos, es imaginar que hay un espíritu en todas partes donde ven movimiento, es imposible juzgar que hay uno ó muchos espíritus inteligentes y muy poderosos que den el movimiento á la naturaleza; de aquí ha nacido el politeísmo entre todos los pueblos privados de la revelación. Véase Paganismo. Pero se han encontrado, aun entre los mismos *salvajes*, hombres que tenían de Dios (á quien llamaban el grande espíritu) nociones capaces de admirar á los filósofos.

Salviano. Sacerdote galo nacido en Tréveris, ó en Colonia, y que pasó la mayor parte de su vida en Marsella durante casi todo el siglo V. Ha sido célebre por sus talentos, por la santidad de sus costumbres, por las lecciones de moral que ha dado á los demás. Una parte de sus obras se han perdido; pero nos queda de él un *Tratado de la Providencia*, algunas cartas y un *Tratado contra la avaricia*. Compuso el primero para reprimir las murmuraciones de los cristianos, desolados por las irrupciones de los bárbaros, y que en lugar de considerar sus sufrimientos como un justo castigo de sus crímenes, se quejaban de la Providencia y blasfemaban contra ella. *Salviano* les decía que eran mas viciosos que los bárbaros mismos, de quienes se quejaban; el cuadro que ha trazado de las costumbres de su siglo es aflicto.

Los críticos protestantes, obligados á hacer justicia á la elocuencia de *Salviano*, pero descontentos de que haya profesado una fe muy opuesta á la suya, han vituperado la severidad de su moral. *Sabiano*, dice Mosheim, fué un escritor muy elocuente, pero melancólico y mordaz, que en sus declamaciones contra los vicios de su siglo descubrió sin pensar los vicios de su carácter. Mosheim cita por prueba la *Hist. literaria de la Francia*, t. 2, p. 317; pero su traductor no se conforma con este juicio. Los autores de esta historia, dice, nos hacen otro retrato del carácter de *Salviano*. Conviene en que sus declamaciones contra los vicios de su siglo son violentas; pero nos le representan como uno de los hombres mas humanos y caritativos de su siglo. Es necesario confesar que llevo

la austeridad al exceso en las reglas que dió para la conducta de la vida. ¿Y hay nada mas insensato que ordenar á los cristianos, como condicion necesaria á la salud, el dar todos sus bienes á los pobres, y reducir á la mendicidad á sus hijos y parientes? Esta severidad de *Salviano* iba sin embargo acompañada de una moderación encantadora hacia aquellos que tenían otros sentimientos que el de la religión. *Hist. ecclés.*, siglo V, 2.ª p., c. 2, § 11.

Pero es falso que *Salviano* haya enseñado la moral que se le atribuye. Cuando se quiere tomar el trabajo de leerle atentamente, se ve que ha prescrito, no á todos los cristianos en general, dar sus bienes á los pobres, sino solamente á aquellos que han hecho profesion de querer profesar una vida mas perfecta, como han hecho los obispos, los demás eclesiásticos, los religiosos, las vírgenes, las viudas y los casados que guardan la continencia. Lejos de querer que los ricos redujesen sus hijos y sus parientes á la mendicidad, se defiende expresamente de este cargo; pero no quiere que los padres transmitan á sus hijos bienes mal adquiridos, que tengan mas empeño en enriquecerlos, que en darles una educación cristiana, que olviden á los pobres para dejar una sucesion mas opulenta á parientes y á ricos ó viciosos. *Adversus Avarit.*, l. 1, n. 3 y siguientes; l. 2, n. 4 y siguientes, etc. No vemos que esta moral pueda ser reprehensible. *Hist. de la Iglesia galic.*, t. 2, l. 4, año 456.

Samaritano. Habitante de Samaria, ciudad de la Judea. Se sabe por la Historia sagrada, III Reg., c. 12, que bajo Roboam, hijo y sucesor de Salomon, diez tribus se retiraron de su obediencia, se dieron un rey particular, que fijó su residencia en Samaria. Este nuevo reino fué llamado de Israel, las dos tribus de Judea y de Benjamin que permanecieron fieles á Roboam tomaron el nombre de reino de Judá. Por una culpa política, los reyes de Israel arrastraron á sus vasallos á la idolatría, á fin de quitarles toda tentación de volverse al culto del verdadero Dios en el templo de Jerusalem, y á fin de mantener entre los dos reinos una enemistad irremediable. Demasiado lo consiguieron estos dos pueblos, que, aunque salidos de un mismo origen, estuvieron continuamente en guerras, y prepararon mutuamente su ruina.

Doscientos cincuenta y nueve años despues de este cisma, Salmanazar y Assardadon, reyes de Asiria, vinieron á Judea, y tomaron y arruinaron á Samaria, llevaronse

cautivos los habitantes de esta comarca, y destruyeron así para siempre el reino de Israel. Para poblar este pais devastado, se envió á él á los canteanos ó cutes, sacados del otro lado del Eufrates. Estos nuevos colonos, idolátras de origen, llevaron á la Samaria sus ídolos y supersticiones. La Historia sagrada nombra sus dioses, *Nergal, Asina, Nebaher, Tarthac, Advanelech y Anamelech*; en vano los críticos se han cansado en conjeturas para adivinar quienes eran estos personajes, pues no se sabe nada de cierto. Como Dios castigó á los canteanos por su idolatría con una irrupcion de fieras, el rey de Asiria envió un sacerdote israelita para enseñarles el culto y las leyes del Dios de los judios; desde este tiempo mezclaron este culto con el de los falsos dioses. *V Reg.*, xvi, 32 y 41. No era este el medio de ganarse el afecto de los habitantes del reino de Judá; sin embargo la Historia sagrada no hace mencion de ninguna hostilidad entre ellos.

Estos á su vez, no menos infieles á Dios que los antiguos vasallos de los reyes de Israel, fueron castigados de la misma manera ciento veinte y tres años despues. Nabucodonosor, rey de Asiria, irritado contra ellos, sitió y tomó á Jerusalem, quemó el templo del Señor, y se llevó cautivos á Babilonia al rey y á los vasallos, y no dejó en Judea mas que un pequeño número de moradores pobres y miserables. Mas despues de setenta años, Dios los restableció en su patria; los judios obtuvieron de Ciro, rey de Persia hecho dueño de Babilonia, un edicto que les permitia reedificar á Jerusalem y el templo, y poner en vigor su religion y sus leyes. Los samaritanos ofrecieron unirse á ellos para esta reconstruccion, mas como eran extranjeros de origen y su religion estaba muy corrompida, los judios rehusaron esta asociacion; irritados los samaritanos, emplearon su crédito en la corte de Persia para hacer abortar la empresa, y que cesasen los trabajos de los judios, y lo consiguieron despues de algun tiempo.

Cuando Esdras y Nehemias vinieron á Judea para acabar de reconstruir á Jerusalem, y hacer observar la ley de Moisés en todo su vigor, los judios no quisieron sufrir la reforma de sus costumbres, se retiraron con los samaritanos, y aumentaron el odio que reinaba ya entre los dos pueblos. En fin, el odio llegó á su colmo cuando los samaritanos fabricaron sobre la montañá de Garizim, vecina de Samaria, un templo semejante al de Jerusalem, y levantaron así altar contra altar. Mas parece que desde este instante re-

nunciaron á la idolatría; á lo menos esta es la opinion comun.

La aversion mutua era excesiva cuando Jesucristo apareció en la Judea; no habia ninguna relacion ni sociedad entre Jerusalem y Samaria; la mayor injuria que los judios podian hacer á un hombre era llamarle *samaritano*; mas de una vez en un acceso de cólera dieron este título á Jesucristo; *Joan.*, viii, 48: « ¿No tenemos razon para decir que tú eres un samaritano, y que estás posido del demonio? Estas dos injurias les parecian casi iguales. Por otra parte, el Salvador, para humillarlos, frecuentemente ha supuesto en sus parabolas un samaritano que hacia buenas obras. *Luc.*, x, 53; xvii, 46.

La creencia y la práctica de los samaritanos eran diferentes de las de los judios en tres artículos principales: 1.º no recibian como Escritura Sagrada mas que los cinco libros de Moisés; 2.º despreciaban las tradiciones de los doctores judios, y se atenan únicamente á la palabra escrita; 3.º sostenian que era necesario rendir el culto á Dios sobre el monte Garizim, donde los patriarcas le habian adorado; al contrario de los judios que querian que no se le ofreciesen sacrificios mas que en el templo de Jerusalem. Estos últimos han acusado además á los samaritanos de adorar ídolos sobre el monte Garizim, y de no admitir la resurreccion futura; mas parece que sobre estas dos calumnias dictadas por el odio no hay ninguna prueba.

Mosheim, á quien agradaba que los samaritanos despreciasen la tradicion, como hacen los protestantes, para atenerse á la palabra escrita, dice que parece que las ideas que tenían de las funciones y del ministerio del Mesias, eran mas sanas y mas conformes á la verdad que las que se tenían en Jerusalem, porque la Samaritana dijo á Jesucristo: « Yo sé que el Mesias vendrá, y que nos enseñará todas las cosas. » *Joan.*, iv, 25. Sin embargo, se vió precisado á convenir en que la religion de los samaritanos estaba mas corrompida que la de los judios. *Hist. crist.*, c. 2, p. 59; y el mismo Jesucristo lo testifica cuando dice á la misma mujer, *ibid.*, v, 22: « Vosotros adorais lo que no conocéis....; Dios es espíritu, y es necesario adorarle en espíritu y en verdad. » Esta repression parece suponer que los samaritanos tenían de Dios una idea falsa, y le daban un culto puramente exterior, mas no prueba que este pueblo mezclase dicho culto con el de los falsos dioses, como varios autores lo han pensado.